

nía en herencia de un temperamento arrebatado y por recuerdo de la gloriosa jornada del 5 de mayo; y fué tanto lo que aumentó el instinto guerrero y llevó la valentía y el arrojo á tiernos pechos (más dispuestos para recibir golpes de compeñía á la hora del alabado de la escuela, que para exponerlos al trato sageneral de las fuerzas liberales, en el viaje de las arrojadizas piedras) que en había entre la clase inquieta de párvulos un periquete se deslindaron los dos paruno que no pensara en el ataque y en los tidos beligerantes; por la una parte, los defensa, en el arma y en la bandera, y en el toque de corneta y en el paso redoblado; y tanto por la extendida plazuela les iban en zaga á los ensañados imbercuanto por el patio de las casas, ejercíanse en evoluciones guerreras y maniobras militares.

No había espacio de reposo ni tiempo de holganza que no tuvieran — y cuando que por ser pocos eran codiciados — en Andaban á la greña los muchachos de un barrio arriba con los del barrio abajo por los cuales no pusieran un ensayo de atadiscordias y cavilosidades tan fuera de razón, que, de desentrañarlas, resultarían patrañas y sandeces; así las cosas, la circunstancia se presentaba propicia para desplegar aquel ardor bélico que les veía en un simulacro de defensa. Quién con el alba dejaba la cama para correr al patio á tocar diana en un cáncunstando se presentaba propicio para desplegar aquel ardor bélico que les veía en un simulacro de defensa. Quién con el alba dejaba la cama para correr al patio á tocar diana en un cáncunstando se presentaba propicio para desplegar aquel ardor bélico que les veía en un simulacro de defensa.

del palo de escoba un muy manejable fusil y se mandaba el preparen, apunten fuego con un ¡pum! atronador por término de tales maniobras militares; ese otro con improvisados palillos, echaba repique en el restirado cuero de un butaca que con el mismo compás que batiría el tambor para tocar á generala.

En la casa, en la escuela, en la calle, en todas partes donde la rapacería tiene ocio y libertad selvática, metían su intento de formación y su esfuerzo de milicia.

La escuela era el lugar designado para concertar la hora y punto en que había de reunirse los belicosos con el fin de pertrecharse, adquirir destreza y olvidar el miedo.

Pronto el palo de escoba fué suplido por la tranca recia; la pedrada suelta por la honda certera y el toque afinado en la boca en soplete por la sonora corneta.

Cayendo domingo, los arribeños tomaban camino del «foso» con todo su equipo de piedras y palos, hondas y co-

netas; y bien internados por veredas y vericuetos, llegaban al oculto y retirado monte; una vez allí, pasaban un buen rato en preparaciones y advertencias, entre las cuales había largo y airado discutir con punto menos de avenirse; todos querían tomar el mando y nadie ser el mandado, hasta que «el Chivo»—que por este apodo atendía—dió el toque de asamblea, y con él los revoltosos, no tanto por disciplina sino mucho por entusiasmo, entraron en silencio y la muchachada se puso en fila. . . .

¡A formar!—gritó con gran gañote el más altivo de ellos.

¡Numeración corrida por la derecha!—ordenó con mando.

¡Uno. . . doj. . . tré. . . cuatro. . . —y así contaron hasta veinte.

¡Numeración de pare por la derecha!—siguió mandando el del vozarrón.

¡Uno. . . doj! ¡Uno. . . doj! ¡Uno, doj! . .

¡Un paso al frente loj uno!

¡Doj paso á retaguardia loj uno!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
An. 1625 MONTERREY, MEXICO

¡Flanco, no derecho! ¡derecha!
 ¡Marchen!! ¡A marcar ese paso!
 ¡Uno, doj! ¡Uno, doj! Uno, doj!
 ¡Izquierda! ... ¡Derecha! ...
 ¡Uno, doj! ¡Uno, doj! ¡Uno, doj!
 ¡Tú, Galambáo, alza esa cabeza!
 ¡Silencio en la filas!
 ¡Uno, doj! ¡Uno, doj! ¡Uno, doj!
 ¡Alto!! ¡Por... la derecha...
 ¡márchense!!

Y se pasó la tarde con estos ejercicios que levantaban espesa polvareda al pie de aquella empinada loma, á la vera de la cual los diminutos soldados hacían repetidas evoluciones, cuando marchaban en fila, cuando pulliciosas.

Al toque de oraciones tomaron rumbo á cada quien por su lado, y de camino iban soñando en la ventaja que alcanzarían sobre sus contrincantes, el día que libraran reñida y descomunal batalla.

Los abajeños, por su parte, también alistaban y allegaban armas y obtenían enseñanzas; si no contaban con corneta-

cosa que aunque la ocultaban los traía desconcertados — al menos poseían un tambor, que, con ser muy grande para el pequeño que lo llevaba, no dejaba de meter ruido de... ¡plán, plán! ... ¡rataplán, plán! ... ¡rataplán, plán, plán! ... en sus marchas á paso uniforme y á oído atento.

Para campo de sus operaciones tenían «los limonares,» sitio agreste y resguardado por un cerro, circuido de olorosos y abundantes limoncros, de donde tomaba el nombre el retirado paraje.

Se les metió tan adentro esto de la guerra á tirios y troyanos, que daban de mano toda ocupación por pensar sólo en la milicia y andar á marchas forzadas y á saltos de mata, preocupándose con el cómo y cuándo ocurriría la de San Quintín, que era el momento de verse frente á frente y á pecho descubierto en una que sería sonada.

Hubo escaramuzas tal cual sábado en la tarde, en día de correr la tuna huyen-

BIBLIOTECA DEL
 ALFONSO REYES
 1955 MONTERREY, MEXICO

Biblioteca
 U. A. N. L.

do de la escuela; en ellas, los arribeños del «foso» cogieron por la «Ciénega, esquivando pozas y sorteando matorrales hasta parar muy cerca de «los limonares:» en tanto que los abajeños acuatelados en el cerro, veían cómo se aproximaban con cautela unos quince del campo enemigo; cuando los tuvieron á tiro bajaron á escape el cerro, y lanzaron una granizada de piedras y terrones sobre de sus adversarios, que parecía la erupción de un volcán; los otros no se hicieron esperar con la respuesta, y arrojaban igual número de proyectiles con furia y con violencia; los muchos árboles que poblaban el sitio servían de parapeto y fueron bastante á librar de un descabro á más de un esforzado combatiente.

«¡No huyan, cobardes!» — gritaban de los limoneros.

«¡Acérquense, collones!» — contestaban los del ataque.

Acaeció lo que de haberse previsto no hubiera sucedido: se acabó el parque.

Este accidente ocurrió á los abajeños, y los arribeños, viendo que del bando opuesto no menudeaban piedras, creyeron primero en una celada; pero desecharon tal sospecha y avanzaron confiados, arrojando unos cuantos terrones que en las manos les quedaban; y el enojo, que no tiene rienda cuando se desborda, desfogáronlo sobre de los abajeños, sin medir el número ni reflexionar acerca de la embestida.

Los abajeños, que los vieron llegar con empuje resuelto; esperaron la acometida á puños cerrados y á brazo arregado, y comenzaron á soltarse con tan furibundos mojicones y tan tremendos testarazos que las costillas sonaban por los golpes y las bocas jadeaban por la brega. . . . No se dió tregua en lo largo de una hora á semejante contienda; ni los unos se rendían ni los otros cejaban; y con puñetazo aquí y zancadilla allá, se vino encima la noche para poner punto á la reñida y encarnizada pelamesa

que llevaba trazas de no acabarse nunca, así de enfurecidos y sañudos andaban aquellos valientes.

Con desdoro de la antes probada valentía temieron más á las sombras de la noche que á la fuerza de los golpes; por ello al ver que el día terminaba, como por acuerdo dejaron de apuñetarse, con la mayor presteza que podía quedar después de los furiosos trompazos, desanduvieron—de mala gana y con penitente—el camino, hecho, maldiciente de la noche que los quitaba de campaña muy de su gusto; éste llevaba un chichón en la frente; aquél acardenalados los mejillos; el de allá, tundidas las costillas, á todos, cual más, cual menos, no les faltaba un rasguño en el pellejo, ó sendos siete en las posaderas, señales honrosas del bravo ó impetuoso encuentro.

A otro día, entre los asistentes á clase no se habló sino de la arremetida de abajeños y arribeños, con lo que se encontraron los ánimos un tanto apaciguados por

la reciente pelea. Un mozalbillo, que era un poco pinturero con su más de mata-siete, aunque nunca había buscado ocasión de abofetearse con nadie, decía muy campanudo en el monipodio de la salida de la escuela: «Lo que é si yo ejtoy ái juven á la primerita de cambio.»

Se acordó, después de larga discusión que iba para disputa, mandar un cartel de desafío á los abajeños para señalarles en él hora y lugar donde se libraría una batalla campal, no escaramuzas de chicha y nabo.

«¿Quién se atreve á llevar el aviso?»

«¡Yo!»—contestó con garbo un chaparrito regordete y alegre.

—¿Y si te *dan caballo*?

—¡A mí! . . . ¡Pá dejarme era mano! . . . Con dir de noche, . . . mú en sercreto á darle el papel á la máma de Amamiche, . . .

—¡Eso!!!

Todos los allí presentes, aplaudieron el arrojo del chaparrito.

DON Prudencio Berruguete, por no ir en contra de sus convicciones que le mandaban desconocer la Constitución y le prohibían probar las Leyes de Reforma, dejó la Escuela Municipal que servía para abrir otra particular, ajena á mandatos de ediles y extraña á obligaciones con el gobierno establecido. . . . ¡Mero estaba él para sufrir semejantes contumelias!

Lacrimoso y conciso fué el sermón que á título de despedida, espetó á sus discípulos antes de abandonar para siempre aquellas clases que fueron, por no interrumpidos años, el rigor de su credo, la experiencia de su vida y el recurso de su existencia.

Basaba su perorata en la moral cris-

tiana, aparte de la cual sucumbe el hombre á las tentaciones del demonio y se deja vencer por influjo del pecado; y del asunto de la religión pasó al de la gratitud que deben los discípulos á sus maestros, esos padres intelectuales de las generaciones futuras (quizás Víctor Hugo aún no había dicho que el maestro de escuela fabricaba espíritus) y así, del deber al sentimiento, del sentimiento al respeto y del respeto á la consideración social penetró hasta la delicada fibra del alma con una elocuencia, tan nueva y honda, que los oyentes tenían el ánimo en suspenso y la admiración en los ojos velados por muchas lágrimas. . . .

Sucedió, pues, que de aquella turba multa de alumnos, veinte se fueron por de pronto con Don Prudencio, y los otros se quedaron vagando un mes—con gran alboroto por lo prolongado de la huelga—á esperar al nuevo maestro, el cual, previa autorización del H. Ayuntamiento y protesta solemne de guardar y hacer

guardar las Leyes de Reforma (que en aquel remoto entonces comenzaban á regir), se hizo cargo de la escuela.

Vino con este deslinde oficial de par-tidos la competencia sorda, solapada, hiriente y pertinaz entre ambos maestros y, como reflejo de tan crudo antagonismo (que alcanzaba á los alumnos de cada escuela, y, con tocar á ellos, llegaba á levantar cisco entre los mismos padres de familia), se recrudecieron las rencillas de arribeños y abajeños, un tanto ensiego por la vigilancia de la policía y las exhortaciones del señor cura; y ahora la cosa tomaba otro sesgo; pues ya no sólo los zagalones, que también los barbudos traían puestas las manos en la masa, y andaban soplando aquí y encendiendo allí, por lo que se formaron guerrillas, se disputaron mandos y se libraron acciones, donde quedaba uno que otro granuja con muchas contusiones en el magullado cuerpo ó un quebrantado en el abatido testúz.

Los más encarnizados eran los de la escuela Municipal; el maestro de ella, dicho sea de paso, no autorizaba tales arrebatos y los condenaba de plano; pero andaba remiso en echar reprimendas y enderezar julepes; se hacía ciego y sordo ante disputas y reyertas; de suerte que toleraba las contiendas de aquellos empecatados muchachos que estaban siempre á que no, á que sí, á que tómate esa y vuélve por otra y á la que salta para salirse á la postre con la suya.

Don Prudencio, por su lado, les echaba cada trepe que ardía, con lo que los alumnos prometían la enmienda; pero una vez que tomaban la puerta, y se iban por esos mundos de Dios á todo correr, tirando piedras y silbando sin resuello, el enjuague se quedaba en seco y los muchachos seguían en sus trece.

Había en la escuela de Don Prudencio seis diablillos, que de ser siete, se tomarían por los siete pecados capitales: tío Sur, el Chango, el Sapo, Timbilla, tío

Renda y Gañote. Tío Sur representaba el dedo; por donde se sacará en la Soberbia; el Chango la Avaricia; el Sapo la Pereza; Timbilla, la Envidia; y los tres, ya juntos, ya dispersos. Ellos, y no Renda, la Ira, y Gañote, la Gula; y tantos otros, mantenían encendida la discordia vivo, que no había mejor designación entre los dos bandos.

El envidioso de Timbilla, que por ser te pecados capitales arriba expuestos, era más malo que pocos, se encargaba de pegar fuego á la mecha para que arda; la soberbia de tío Sur no tenía semejanza con la del caído ángel Luzbel; la avaricia del Chango, nada pedía á la avaricia del tío Sur; la pereza del Sapo, nada tenía que ver con la del no menos iracundo del tío Renda. En cuanto decía Timbilla con mucho relleno de punto de comparación en la de Timbilla que Amamiches (el Alejandro de marmota ó el estornino; semejaba una escuela enemiga) había soltado esta representación viva de Morfeo á toda hora; ya estaba tío Renda en camino de ir á tirarse; pues cuando bostezando, cuando apretando los dientes y amenazando con los puños y tío Sur torciendo los ojos y quedarse traspuesto; la envidia, llevaba poniendo la boca convulsa y el habla fiel; la Timbilla estampada en la mirada aviera; pasado el rapto de cólera y calmado el sa y en el habla queda; la iracundez del tío pronto de soberbia, se iba el soplón por Renda era temible, más de una dentellada otro corrillo á embolismar de lo lindo, da lo justificaba entre los camaradas muy contento de haber hecho prosperar escuela; la gula de Gañote no sabía del chisme; la medida ni de acatamiento, cuando estaba un día de tantos Don Prudente tenía que roer, se comía las uñas y se dio muy embebecido en la lectura de la

vida de San Patricio, el santo más castigado de todo el Martirologio, á tiempo que se llegó Timbilla á la mesa, quemada de los bordes por las colillas que iba echando ella dejando el maestro en el largo y interrumpido curso de sus favoritas lecturas, y le dijo de manos á boca:

«¡Oigasté, Don Pruden!» — Estos muchos vados muchachos tienen la manía de comenzarle el nombre al mismísimo San Padre.

El maestro no quitaba los ojos del «Aristocrático» — insistía — mire osté que el Toleche.

El maestro, que tenía la colilla temblando en la comisura de los labios, chamuscándole las greñas del bigote, obligándole á torcer el gesto y entornar el párpado izquierdo para defenderse del humillo que se iba echando al techo, humedeciéndose los ennegrecidos dedos y volvió la hoja del libro á las

momentos que el chismoso le repetía por tercera vez y con voz chillona:

«¡Oigasté, Don Pruden...! ¡qué no me oye!»

«¿Qué quieres muchacho impertinente?... ¡No sabes que el chisme agrada pero el chismoso enfada!... ¡Largo á su lugar... ¡zopenco!»

Don Prudencio se desató en recriminaciones y maldecía del chisme que por un instante lo desviaba del pasaje más doloroso de la vida de San Patricio; entonces, como hubo de levantar la vista del libro, se dió cuenta del desorden en que estaban sus discípulos: éste tiraba bolitas de papel mascado á las paredes; aquél tabaleaba con los dedos tensos sobre la madera del pupitre; el de acullá jugaba carreras de caballo haciendo deslizar por el plano inclinado de su carpeta dos portaplumas que figuraban las cañalleras á escape, fuera de hipódromo y sin jinetes; los libros estaban cerrados; las lenguas sueltas y las manos ligeras

andaban á toma la tuya y daca la mía con cada mojiçón que canta el credo.

Don Prudencio cerró de golpe y porrazo el grueso volumen; coleó un cigarrillo de «La Honradez» — el maestro fumaba de lo fino — se puso en pie; pasó la mirada inquiriente por la turba desordenada; carraspeó; afirmó los espejuelos del caballete de sus largas narices que nían por aditamento una verruga con los ojos, y exclamó, al cabo de todos estos quilorios, y con tono que se esforzaba por hacer grave, con la solemne gravedad que el caso requería, el siguiente abrupto:

«¡Estudien!»
 «Sonaron los bancos; se abrieron los libros por donde dieran; y comenzó el gallego más estrepitoso que oirse pudiese.»
 «Los primeros hijos de Adán y Eva fueron Caín y Abel.»
 «¡Gramática es el arte de hablar y escribir correctamente un idioma ó lengua.»

«¡La suma es una operación que tiene por objeto...!»

«Decid, niños, cómo os llamáis, responderá su nombre, Pedro, Juan, Francisco... etc.»

«¡Silencio! — ordenó el maestro. Acabó como por arte de encantamiento aquella greguería y se tornó en un murmullo monótono, zumbón y molesto, en el cual no se escuchaban las palabras, sino sólo se oían sonidos apagados de labios que bisbisaban.»

«¡A estudiar! — ¡No oyen ustedes!»
 Y se desató otra vez la zambra y hablaban á coros en una desaforada garrulería. . . .

El paciente de Don Prudencio — no le valde sacó este nombre en la pila — volvió á su asiento; se encogió de hombros, declarándose con este esguince impotente para contener el desmán; abrió el «Año Cristiano» por la marca dejada entre las hojas, y se metió de lleno, sin importarle una higa la bulla, en los cruentos y

sufridos martirios que pasó aquel santo varón para lograr la gloria allá arriba; alcanzar acá abajo la canonización.

Acertó á sonar las dos el reloj, que diferente á la baraúnda de los escolares aunque acallado su tic-tac, marcaba las horas en el salón de estudios cada y cuando al bueno de Don Prudencio le venía gana darle cuerda; porque á menudo olvidaba y andaba el reloj de la escuela desatinado, anunciando horas por cuartos, con gran contento de los muchachos que se las pelaban por estos contra-tiempos que traían largas esperas y segururas dilatorias.

«¡A clase!» . . .

En un brinco dejaron los bancos y pasaron á sentarse en largas banquetas frente á la mesa, sitio de honor de Don Prudencio.

—¿Hoy es jueves?

—Sí, máistro!

—Buéno; pues hoy toca Fleury. . . ¿cuál es la lección?

—¿De San Juan Bautista!—respondió el Renda.

—«¡A ver un texto!»

Comenzó á preguntar por la derecha.

—¿De quién era hijo San Juan Bautista?

El interpelado miró al Changó haciéndole señas para que le soplara la olvidada respuesta; cosa imposible de obtener, porque Don Prudencio tenía clavados los espejuelos en el inquieto muchacho.

—¿Que de quién fué hijo San Juan Bautista?—volvió á preguntar.

Después de rascarse el cogote, mirar al techo y tartalear ¿éste? ¿éste?

contestó resuelto: «¡De la Magdalena!»

—«Diablo de zopenco! . . . ¡que diga el otro!»

—«De san. . . ¿san? . . .»—desde esta sílaba se hizo un lío para contestar: «Era un santo, pero no recuerdo su nombre!»

—«¡Buéno estás tú para santo! . . . ¡El otro!»

Mudez completa con un movimiento negativo de cabeza.

— «¡El otro!»

Igual silencio.

— «¡El que sigue! . . . ¡A ver tú! . . . ¿pues no está dormido este zopenco? . . . ¡Arriba!»

El dormilón del Sapo descabeza un primer sueño dando testaradas, ora de un lado, ora del otro, cuando no cabeceaba en los hombros de sus compañeros, ó barbeaba sobre el doblado pecho.

Una vigorosa sacudida de tío Rendón lo despabiló en un credo; abrió los ojos encandilados; restregóse los párpados; bostezó luego y en seguida púsose á dar manotones al importuno que así tan desopetón le sacaba de su acostumbrada somnolencia. . . .

— «¡Habrás visto. . . . zopenco!»
El maestro traía siempre en la boca la palabra zopenco.

«Para que no se duerma, se me va por

niendo de rodillas en esta banca. . . . ¿que no? . . . ¡lo veremos!»

El maestro hizo ademán de dejar su asiento; en viendo actitud tan agresiva, el perezoso Sapo se hincó refunfuñando en la dura banquetta.

— «El que sigue: ¿De quién fué hijo San Juan Bautista?»

— «De santo Tobías!»

— «Pues, señor, nadie sabe la lección.»

— «Así es como estudian ustedes!»
— «Y para salir con estos embustes tantos gritos hace una hora!»

— «¡A ver, tú!»—dijo dirigiéndose al Chango que contaba con un memori6n de esos que pasman.

— «Pues de San Zacarías y de Santa Isabel, parientes de la Virgen Santísima!»
contestó sin medir pie de una palabra á

otra.
— «¡Perfectamente bien!» . . . ¡Ya ven ustedes, á esto se llama estudiar!»

Estoy seguro que de un tir6n me responde á todo lo que le pregunte.

¡Ya verán, ya verán, perezosos, . . . zopencos! . . .

—Tú mismo, dime, ¿en dónde pasó tu vida?

—En los desiertos, en los cuales tuve una vida artera. . . .

—¡Mira lo que dices! . . . ¡Una vida ¿qué?

—¡Una vida artera!—repitió con aplomo.

—¡Qué artera ni qué niño muerto! . . . ¡No es artera, sino austera!

—¡Ah!—exclamó admirado el Chango. Risas y cuchicheos se sucedieron en la banca. El envidioso de Timbilla sacó: «¡Y ese é el que sabe la lición!»

—¡Cómo no habías de replicar! Nunca das una clase; pero en cambio siempre estás dispuesto á motejar en otro. falta pasajera cuando tú eres un . . . zopenco de tomo y lomo.

Con excepción del Chango, hoy no me sale ninguno á comer. . . . ¿No saben de Fleury? . . . Pues comerán Fleury hasta

que sepan de cabo á punta la vida de San Juan Bautista. . . . ¡Aquí les cantarán los Nazarenos! . . . ¡Y nada de rezongos ni rabieta, ¿eh? . . . Porque la cosa será de otra manera. . . . y á las amenazas seguirán más golpes que azotes recibió Nuestro Señor Jesucristo de las impías manos de los judíos! . . . ¡En fila todos delante de mi mesa! . . . Tú—señalaba al Chango que mucho se hinchaba con su sabiduría—puedes largarte cuando quieras . . . Te perdono lo de artera por austera. . . . que por mucho que se le dé vueltas siempre vendrá á quedar en un *quid pro quo*, . . . ligero y sin consecuencias. ¡Pero aquello de la Magdalena no lo perdono nunca! Parece gracejada del nene; mas considerado desde su verdadero punto de vista, es una falta de respeto para el maestro . . . ¡sí, señor . . . zopenco! ¡Ahora, oíganlo bien! . . . ¡Una irreverencia para los santos! . . . ¡No lo olviden! . . . ¡Un sacrilegio! . . . No, sacrilegio, no. Sacrilegio creo que no

BIBLIOTECA U. A. N. L.

sea. . . y queda en suspenso esta última aseveración hasta que se lo consulte al señor cura cuando venga el sábado con las calificaciones; pero de todas maneras resulta una borricada de las que acostumbra estos zopencos. . .

— ¡Ya están ustedes en retozo! . . . ¡A ver, retírese cada quien un paso á la derecha de su compañero! . . . ¿Qué me oyen? . . . ¡Que un paso á la derecha! . . . ¡Así! . . . Ahora impondré los castigos. . . ¿Y el Chango? . . .

— «¡Uy, dende cuando se largó!»— contestó Timbilla que era muy dado á meterse en lo que no le importaba. . .

— «Bueno; pero ese está perdonado. . .

— Oído al parche: El del chiste de la Magdalena, conjugará diez veces, en todos sus modos, tiempos, números y personas el verbo respetar, sin equivocarse un punto; así aprenderá á tener miramientos para las cosas divinas; al de Santo Teobías. . . . para que tenga más memoria. . . á ese le haré repetir la tabla de

multiplicar del 1 al 9 una docena de veces; tan luego diga un disparate, volverá á comenzar con el uno aunque se encuentre en el nueve, eh? . . .

A estos muditos. . . ¿A estos muditos qué castigo les impondremos? . . . ¡Ya caigo! A estos muditos que para cada pregunta tienen un movimiento negativo de cabeza, ó un «no sé» redondo, les haré hablar diciéndome por riguroso turno veinte veces las «Obras de Misericordia,» sin saltos ni tropiezos. . . .

Cuanto aquel dormilón. . . ¡Pues no está otra vez cabeceándose el muy. . . bendito! Por no decirle zopenco! . . . ¡Y no es cosa, arriba de la banca haciendo equilibrios con los ojos cerrados como puños! . . . ¡Abajo, muchacho, abajo! . . . ¡Ah, ya despertaste! Ven aquí, y para que acabes de despabilarte, pónete en pie como grulla; extiende los brazos en cruz y pronuncia el infinitivo del verbo «dormir» cien veces, y cuando acabes, me dirás igual número de veces el

gerundio del mismo verbo, y después el participio. . . . y ¡Ahora duérmete; Eso quisieras! ¡Pero no sucederá, que la palmeta andará lista para despertarte en volandas!

Conque á cumplir la condena y andadodo ¡zopencos!



DESDE la caída de campanario abajo de un arrapiezo en momentos que echaba la «Chiquita» á vuelo por tarde que se celebraba la Virgen del Rosario, caída que le valió el apodo de «bola de hule» por haber salido ileso del golpe, Cordero,¹ el diligente Cordero, no dejaba de tomar sus precauciones para evitar que los muchachos subieran las desconchadas escaleras de piedra y andar á carreras y equilibrios por bóvedas y cúpula, y á tirones y repiques con cuerdas y campanas.

El hecho era tan reciente que no podía olvidarse, y, parte por este recuerdo, parte por la prohibición de la policía, la

¹ Véase el capítulo 3^{ro}. de «Perfiles del Terrano»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

Bibliotecas U. A. N. L.